No carece, pues, de fundamento, en tésis general, el orgullo de la mujer.

Si el orgullo es, como dice Casti, la hidropesia moral de las cabezas liumanas, fuerza es convenir en que el sexo femenino se halla horriblemente atacado de esa grave enfermedad.

No hay nada más difícil que saber tener orgullo. El orgullo sale á la superficie muchas veces por un exceso de humildad, de paciencia, de lealtad y de todo afecto mal educado, como que es el amor propio ó la estimacion de sí mismo sin límites, sin el modus in re que constituye la modestia; cuando el orgullo sale á la superficie de este modo, aparece más repugnante por lo mismo que se complica con la hipocresía.

No negaremos que en ocasiones el orgullo es el mejor centinela del pudor; pero no causa gran edificacion ni ofrece gran seguridad una virtud que para conservarse há menes-

ter que la custodie un vicio.

Entre la dignidad y el orgullo hay la misma semejanza que entre la llama que alumbra y la llama que quema.

La modestia exagerada es la medianería

que separa á aquellos dos sentimientos.

Una mujer francamente orgullosa es mil veces preferible á una mujer hipócritamente modesta.

Para destruir el orgullo es fuerza atacarlo en sus bases principales: estas bases son la hermosura, el nacimiento y la riqueza.

Es injusto, pero no de todo punto intolerable, el orgullo que se funda en la belleza.

Tiranía de corta duracion llamó Sócrates á la belleza; de engaño mudo la calificó Teofrasto; un mal hermosísimo es en el concepto de Teócrito.

Nos es indiferente.

Digan cuanto quieran los filósofos, la belleza es el arma poderosa con que el sexo débil neutraliza en cierto modo su debilidad.

Si fuesen ingénuos los filósofos, confesarian de buen grado que á veces dieran por sólo una mirada de una mujer toda la doctrina de Descartes, y aún todas las teorías de Platon.

A propósito. Este Platon de los filósofos recibe culto con frecuencia entre los enamorados.

¡Cosa rara! La filosofía y el amor tienen

puntos de contacto.

La historia de todos los pueblos encierra multitud de páginas escritas al resplandor de las llamas y de las desvastaciones. Esas llamas debieron casi siempre su origen á una sola chispa; á una chispa desprendida de los ojos de una mujer.

Si lucha el guerrero con heroismo, si pide si mendiga honores el cortesano, de cierto procede del arte. esperan, más que el aplanso del mundo, la | El orgullo que se revela muchas veces por dulce sonrisa de unos labios de coral.

Dante sin Beatriz? ¿Y qué fuera Petrarca sin su Laura?

El gran Shakespeare ha dicho que es la mujer un manjar digno de los dioses, cuando no lo guisa el diablo.

Y es verdad; pero no lo es ménos que el diablo no entraria en la cocina si las más veces no le abriera el hombre la puerta.

Al hombre se deben, en efecto, la idea que la mujer llega á adquirir de su belleza, y los extravíos á que de ordinario la conduce.

Si alguna's mujeres se convenciesen de que la hermosura es el primer plesente que la naturaleza les hace y lo primero que les quita, no llevarian al extremo su idolatria personal.

Como por lo comun no se educa á las mujeres, no se las enseña á ocuparse dignamente en los demás, tienen que ocuparse modestamente en sí mismas: y como es la belleza la dote que juzgan de más precio, convierten hácia ella su pasmosa actividad; los medios de acrecentar sus atractivos son su cuestion capital.

Inocentes! Ignoran sin duda que toda belleza, por soberana que sea, toca con las plan-

tas en la tierra.

¿Se sabe en qué consiste la belleza?

Segun el africano, en la descomunal dilatacion de la boca; segun el brasileño, en la forma y proporciones de la nariz; segun el chino, en la admirable pequeñez del pié; para los haitanos no hay mejor gracia que el charol reluciente de la tez; en Holanda se mide la belleza en razon directa de la estatura; en Nápoles, vice-versa. Unos países de Europa atribuyen todo el mérito al color sonrosado que realzan con su mirar apacible unos ojos de cielo por el matiz y la dulzura. En otros países ocupan el trono de las hermosas los tipos esbeltos de tez morena, morena porque la tuesta el fuego de unos ojos negros ó garzos, donde refleja la aurora sus luces más brillantes.

Deducciones.

La belleza no es una. Existen muchas mujeres bellas, que, sin embargo, no se parecen entre si.

Hay mujeres que no son bellas, absolutamente hablando, y no obstante ponen á prueba los corazones de mejor temple: tan cierto es que la hermosura no sólo consiste en la excelencia de las prendas personales, sino en la impresion que aciertan á causar.

Hay quien explica la belleza de una manera matemática, por una série de enumeraciones que serian solamente ridículas si á veces

no merecieran otra calificacion.

Las llamadas gracias naturales se ven, se admiran, pero no se describen: no se las confunda, sin embargo, con el gracejo; las gracias son naturales, el gracejo es de ordinario y alcanza el artista torrentes de inspiración; | adquirido: aquellas se reciben de Dios; éste

entre las gracias del rostro, perjudica nota-¿Qué fuera Apolo sin Dafne? ¿Qué fuera el Iblemente la impresion; es una especie de